

2. Un corazón enraizado en dos tierras: Una historia de resiliencia, fe, y esperanza

Francisco Javier Reyes Flores

El Salvador es una tierra mágica, moldeada por sus colosos volcanes, ríos serpenteantes, montañas llenas de milpas, frijoles y cañas de azúcar, y playas donde el sol se acuesta y las estrellas resplandecen. Rica en cultura indígena, comunidad, y hospitalidad, es la tierra del añil, del algodón, del cacao, del azúcar, del café, y de los mangos dulces que perfuman el verano. Pero también *es una tierra herida* por guerras sangrientas que marcaron generaciones enteras, mismas que hoy sueñan con un futuro mejor para el país. Solo durante la guerra civil, que se extendió durante doce años, perdieron la vida unos 80,000 salvadoreños.¹ Más tarde, la guerra entre las pandillas *Mara Salvatrucha* [MS] y *Barrio 18* [18], que duró más de tres décadas, cobró la vida de unos 100,000 salvadoreños, sin contar el número de personas desaparecidas y las desplazadas a otro país. En ambas guerras, mi familia fue víctima en todos los aspectos: desde extorsiones, amenazas, y robos hasta asesinatos. Durante la guerra civil, mis padres huyeron a Honduras, escondiéndose en cuevas subterráneas para escapar de soldados y guerrilleros. Años después, fui yo quien tuvo que esconderse de las pandillas para no ser ni reclutado ni asesinado . . . aunque hubo muchos intentos, Dios me protegió.

Nací y crecí en las periferias de San Salvador, junto a uno de los vertederos más grandes de la ciudad. Mi madre, doña Sandra, trabajaba como ama de casa para personas adineradas, mientras que mi padre, don Alberto, trabajaba en una compañía de vallas publicitarias. Años más tarde,

¹ La guerra civil en El Salvador (1979–1992) concluyó con los Acuerdos de Paz de Chapultepec, México. Este conflicto interno entre las Fuerzas Armadas de El Salvador y las guerrillas lideradas por el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) dejó miles de muertos, desaparecidos, y desplazados.

lograron conseguir un préstamo en el banco para adquirir una casa pequeña para cuatro personas en las afueras de la ciudad. A pesar de las muchas necesidades económicas, éramos una familia rica en fe, espiritualidad, amor, y servicio. Mi padre me enseñó que la oración sin obras está vacía. Su trabajo y su dedicación por la teología de la liberación en las Comunidades Eclesiales de Base me mostraron a un Dios humilde, sufriente y sonriente en medio de la calamidad.² A pesar del sufrimiento, la pobreza y las injusticias que estaban siempre presentes, nuestras reuniones en las Comunidades Eclesiales de Base siempre eran alegres y llenas de esperanza. Nos reuníamos con cantos, guitarras, y pan con café. Aquí la letra de una de aquellas canciones que marcó memoria:

Vamos todos al banquete, a la mesa de la creación:
todo aquel que se compromete
tiene un puesto y una misión.
Hoy me levanto muy temprano:
¡ya me espera la comunidad!
Voy subiendo alegre la cuesta,
voy en busca de tu amistad.
Dios invita a todos los pobres
a esta mesa común por la fe;
donde no hay acaparadores
y a nadie le falta el ‘con qué.’
Dios nos manda a hacer de este mundo
una mesa donde haya igualdad;
trabajando y luchando juntos
compartiendo la propiedad.³

Gracias a Dios y al esfuerzo incansable de mis padres, pude completar mi educación básica. Algunos días caminaba más de dos kilómetros para llegar a la escuela; otros, sobrevivía con apenas veinticinco centavos de dólar en

² Mi padre fue uno de los fundadores de la Comunidades Eclesiales de Base en donde vivíamos. Con el paso del tiempo, dichas comunidades aumentaron a doce.

³ Guillermo Cuéllar, “Vamos Todos al Banquete.”

el bolsillo.⁴ La vida era sencilla: sin celulares, sin internet, sin videojuegos. Todos los juegos con mis amigos nacían de la creatividad y la curiosidad propia de los niños. Sin embargo, esta vida sencilla y libre se tiñó de sangre cuando las pandillas empezaron a atacar al azar, a las familias. Mientras crecía, fui testigo de un país que se desangraba tras la pérdida de familiares, amigos y miles de salvadoreños. Muchos de ellos morían a manos de las pandillas sólo por no pagarles diez dólares; otros tantos sucumbían bajo las balas, mientras regresaban de sus trabajos; otros más eran asesinados por no aceptar ser reclutados por las pandillas o por no aceptar asesinar a otras personas. Mi colonia fue uno de los lugares más sangrientos del país, pues era una zona disputada por las dos pandillas, MS y 18. Sin duda, la muerte y la extorsión eran el pan de cada día. Por su parte, al gobierno no le importaba el esfuerzo de los salvadoreños por sobrevivir a esta situación. Tampoco la emigración. El gobierno ya había hecho pactos con las pandillas. De ahí que, por treinta años, todos los sistemas del gobierno fueran parte de la corrupción más grande en la historia del país, impactando en todos los ámbitos: empleo, salud, educación, y justicia. Con todo este caos político, social, y económico, yo soñaba cada día con salir del país para empezar una nueva vida para mí y mi familia. Aunque parecía imposible, no dejé de soñar.

Los salvadoreños no solo han soportado las consecuencias violentas de las pandillas, sino que también han sufrido muchos desastres naturales que han arrasado pueblos enteros. Aunque la comunidad internacional ayudaba con dinero o víveres, sus donaciones nunca llegaban a manos de los necesitados. Todo se quedaba en quienes tenían el poder: se hacían más ricos y olvidaban al pueblo. Además de esto, había otras muchas necesidades en el país: las oportunidades de trabajo escasas; los hospitales no podían dar una atención médica adecuada, haciendo que miles de personas esperaran largamente en el piso; y los centros educativos se habían convertido en lugares de reclutamiento para pandillas, mientras que las

⁴ El Salvador cambió su moneda oficial, el colón, por el dólar estadounidense en el año 2001. Por lo tanto, durante todo este testimonio me referiré, al hablar de moneda y cantidades específicas (si no señalo otra cosa), al dólar estadounidense.

universidades privadas estaban fuera del alcance para padres que ganaban el salario mínimo mensual. ¡Esta era mi realidad de cada día!

Mi padre murió a los treinta y siete años de cáncer, una enfermedad que pudo haber sido detectada y tratada a tiempo. Sin embargo, la corrupción del sistema de salud fue lo que lo llevó a la muerte. Y, nosotros, no teníamos ni 300 dólares para una consulta privada que nos permitiera tener un mejor diagnóstico y tratamiento. Como la nuestra, esa era la realidad de millones de salvadoreños. El día de su funeral llegaron más de 500 personas. Con sus prédicas, su servicio y su lucha contra las injusticias sociales de nuestra colonia, se había ganado el corazón de muchas personas. Al mismo tiempo, mi padre era nuestra principal fuente de ingresos como familia. Éramos diez personas, incluyendo tíos y primos, que vivíamos en una casa para cuatro. Gracias a su esfuerzo no faltaba ni el arroz ni los frijoles.

Yo tenía catorce años cuando él murió y desde entonces me convertí en la cabeza del hogar. Mi madre, una mujer fuerte y luchadora, buscó qué otra cosa hacer para sacarnos adelante, así que abrió una tienda de abarrotes y continuó vendiendo platos en la calle. Así, con lo que ella ganaba en ese ‘localito’ y con las comidas que vendía en las calles, hacía que nosotros pudiéramos alimentarnos. Yo estaba a su lado para sostener a la familia. Todos los días, después de la escuela, trabajaba en la venta ambulante. Generábamos entre tres y cinco dólares al día. Era muy duro, pero nunca perdimos la fe ni la esperanza de que un día íbamos a superar esas carencias. Tanto ella como yo continuamos con el legado y trabajo de mi padre en las Comunidades Eclesiales de Base, sirviendo tanto en las misas como en la comunidad. Dios era nuestra única fortaleza y nuestra fuente de esperanza.

Un año después de la muerte de mi padre, las necesidades en casa aumentaron mientras que las posibilidades para enfrentarlas disminuían. Fue, entonces, que tomé la decisión que cambiaría mi vida: buscar un nuevo destino para sacar adelante a mi familia y Estados Unidos era mi única opción . . . y era casi imposible, pues obtener una visa era imposible debido a los procedimientos poco claros e injustos con los que procede la embajada de Estados Unidos en El Salvador. No podía esperar más, así que

comencé mi viaje. Me fui de ‘mojado,’ como se les dice a los migrantes indocumentados.

Esta otra parte de mi historia empieza así: La madrugada del 26 de octubre de 2011, mi madre y mi hermana, Isamari, me llevaron a un centro comercial. Eran más o menos las cuatro de la mañana. Allí me esperaba un “coyote.”⁵ Me despedí de ellas entre lágrimas y abrazos. Mi madre me dijo: “Hijo, que Dios me lo cuide. Nunca se olvide de quién es y de dónde va. ¡Te amamos! Espero que un día Dios nos permita volvernos a encontrar, si no, ¡ya será en el cielo, junto a su padre!” Aquel día, una mitad de mi corazón se quedó plantada en El Salvador.

Cruzando ríos

El camino a seguir tenía grandes retos por enfrentar . . . y ríos por cruzar: el primero era el río Paz, en la frontera entre El Salvador y Guatemala; el segundo, el río Suchiate, en la frontera entre Guatemala y México; y el tercero, el río Bravo o río Grande, en la frontera entre México y Estados Unidos. Los tres, los crucé con cuerdas atadas a mi cintura. Tal como dice la canción de Los Tigres del Norte, “¡Yo soy tres veces mojado!”⁶

Recorrí cada país a pie, en autobuses, y en otros carros. Siempre intentando estar atento. En mi travesía por estos países, los retos iban cambiando. A lo largo del camino fui vendido a varios coyotes. Ellos cobraban elevadas sumas de dinero para seguir el camino. No solo ellos pedían dinero, en México, por ejemplo, siempre tenía que llevar 500 pesos

⁵ Por *coyote* se entiende una persona que, a cambio de dinero, ayuda a migrantes a cruzar la frontera de Estados Unidos de forma ilegal, actuando como un traficante de personas. En la mayoría de los casos, estas personas están vinculadas a algún cártel de drogas. Los coyotes trabajan en red con otras personas para trasladar a los migrantes de su país de origen hasta Estados Unidos.

⁶ Los Tigres del Norte son una banda de música mexicana formada por los hermanos Hernández, quienes se mudaron a San José, California, y enfrentaron muchos retos como inmigrantes. “Tres veces mojado” es una de sus canciones más representativas y conocidas. En ella, narran la realidad de los indocumentados latinoamericanos que cruzan la frontera persiguiendo el ‘sueño americano.’ Véase Los Tigres del Norte, “Tres veces mojado,” 3 de diciembre de 2015, 2:50, youtu.be/5mWAYZE1s10?si=a86yMriY0_hrYwnG.

mexicanos dentro de mi pasaporte . . . por si la Policía Federal me detenía; eso era lo que costaba mi pase para seguir mi camino hacia el norte. Así fue mi recorrido por el vasto suelo mexicano hasta llegar a la frontera.

Yo no tenía idea de por dónde iba a cruzar. Sin embargo, una vez ya en el noreste de México, unos hombres nos “encapucharon,” es decir, nos cubrieron la cabeza y nos ataron, y luego nos llevaron a unas bodegas muy viejas. “¡Bienvenidos a Tamaulipas! Ahora ustedes están bajo el mando del cártel,” nos dijeron. A mí me llevaron a una habitación pequeña donde sólo había un viejo televisor, un baño sin puertas y otras veinticinco personas dentro. Allí me mantuvieron por dieciocho días. Tenía que permanecer sentado y solo comía una vez al día. A cada rato, las personas del cártel entraban en la habitación, con los fusiles en la mano, y nos decían: “Díganles a sus familias que depositen el dinero. Quien no pague dentro de veinte días, se va con el ‘pozolero.’ Esto no es un hotel.”⁷ Al otro lado, había otra habitación llena de mujeres y niños, donde muchas mujeres fueron violadas. A pesar de las amenazas y la angustia, yo seguía confiando en Dios y en que todo eso terminaría pronto. De algún modo, me imaginaba a Jesús conmigo, al lado mío. También el amor de mi madre y de mi hermana me mantenía vivo y con ganas de seguir.

El camino por el desierto

Mi familia pagó el dinero. Una vez que mis tíos depositaron el dinero, el coyote me llevó con un grupo de personas para cruzar el río. Aquel día nos cruzamos en una llanta grande, misma que se tambaleaba bruscamente. Cuando tocamos tierra estadounidense, los agentes de la Patrulla Fronteriza (*Border Patrol*) ya nos habían detectado. Junto con sus perros, nos persiguieron intensamente. Corrí y corrí entre mezquites y arbustos llenos de espinas. Logré escapar de ellos y me quedé cerca de una carretera. Allí, una camioneta 4x4 nos recogió y nos llevó a una casa en la ciudad fronteriza de McAllen, Texas. Después de quince días, por fin nos llegó el

⁷ El “pozolero” es una persona que disuelve cuerpos humanos en barriles de acero llenos de ácido. De esta forma, los cuerpos desaparecen por completo.

aviso de que el lugar estaba libre de la “migra” (agentes de migración). Formamos un grupo de diez personas y nos alistamos para cruzar la zona semidesértica. “Tardaremos tres días en cruzar el desierto; no lleven más que un galón de agua, tres sándwiches, dos manzanas, y dos latas de salchichas,” nos dijo el coyote. Llegó el tercer día, pero nosotros no llegábamos a nuestro destino. Para entonces, el agua y comida ya se me habían terminado . . . y no sabía qué hacer. El cuarto día, como a las 11 pm, encontré un estanque con agua. Rápidamente corrí hacia él, me lavé la cara y llené mi galón de plástico. Como era de noche, no me di cuenta de que el agua estaba muy verde y con pequeños gusanos. Esa agua era mi única opción, así que tuve que colarla con mi camisa. Durante esos días fui encontrando muchos esqueletos humanos y cuerpos en descomposición. Eran migrantes que se habían quedado perdidos o no tenían más suministros para seguir su camino.

Al quinto día, era yo quien ya no tenía energías para seguir. Me fui quedando atrás de mi grupo, hasta que me abandonaron. Tuve que seguir mi camino solo por el desierto, sin rumbo, y asumiendo que moriría en ese lugar. Estaba completamente solo y cansado. En ese momento le cuestioné a Dios: “*Elí, Elí, lemá sabactani*.”⁸ Y yo mismo me preguntaba: ¿Quién es este Dios que de la peor forma me sacó de El Salvador para morir en un desierto? Y le reclamaba a Dios: ¿Acaso no eres un Dios que cuida de las viudas, los huérfanos y los migrantes? ¿Por qué me sacaste de mi familia, dejando en abandono a una viuda y a una hermana? ¿Me sacaste para morir en medio de la nada? ¿Este es tu plan? ¿Dejarme aquí, perdido, a mis quince años? Si quieres, y si es que te importo, manda a tus ángeles para que me salven y me regresen con mi familia, y si no, pues . . . ¡ya qué más da!

No tengo más memoria de aquel momento. Solo sé que cuando desperté, cuatro agentes de migración me tenían encadenado de pies y manos. Me llevaron a las “hieleras,”⁹ luego al centro de detención para

⁸ “*Elí, Elí, lemá sabactani*, que significa: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mateo 27:46).

⁹ Las “hieleras” es un término utilizado por muchos inmigrantes indocumentados que hace referencia al centro de detención donde los agentes de migración los encarcelan. Es una nave

menores donde permanecí cuarenta días. Era un centro coordinado por el Immigration and Customs Enforcement (ICE) y por los miembros de la Iglesia Bautista. Tal parece que este era uno de los pocos lugares en donde los menores éramos tratados con respeto, pues cuando llegaban chicos de otros centros, nos contaban terribles historias de maltrato e injusticia.

En ese lugar pasé la Navidad y el fin de año de 2011. Estaba encerrado, pero tenía la esperanza en Dios de salir pronto. Después de una larga espera, gracias a Dios, salí de ese centro de detención el 2 de enero de 2012. Me puse en camino a la ciudad de Nueva York, que era como mi “tierra prometida,” para reunirme con mi tío Marino, uno de los hermanos de mi mamá que emigró algunos años antes que yo. Allí planté mis esperanzas, sueños, y aspiraciones. Allí, también, mi fe fue moldeada por muchas personas muy bondadosas, entre ellas Jan y Jim Dolle, una pareja estadounidense que—con una fe bien centrada en el evangelio—vive su misión de ayudar a jóvenes de escasos recursos a cumplir sueños. Ellos se convirtieron en mis segundos padres: me acogieron en su casa por tres años, me formaron espiritual, profesional, y personalmente. Con ellos, el evangelio se hace vivo aquí en la tierra. A varias personas les debo mucho de quien soy ahora, pero especialmente a Jim y Jan, con quienes viví en la Gran Manzana. ¡En esta ciudad fue donde la vida me enseñó a ser fuerte...tanto que adopté el lema neoyorquino: “¡Si lo pude hacer en Nueva York, lo puedo hacer donde sea!”

De camino a salir adelante para servir

Cuando salí del centro de detención en McAllen, Texas, el juez me había ordenado asistir a la secundaria. Esto fue muy difícil para mí, pues cuando dejé El Salvador, también había abandonado mi sueño de estudiar . . . yo solo quería llegar a Estados Unidos para trabajar día y noche y así cubrir las necesidades de mi madre y mi hermana. No obstante, mi tío y mi madre me animaron a estudiar y a no perder ninguna de las citas en la corte de

grande, con suelo y sillas de concreto y un pequeño baño. Allí, la temperatura del aire acondicionado es extremadamente fría, de ahí que se le llame así.

inmigración. Con mucho esfuerzo, mi tío me ayudó a inscribirme en una escuela para terminar mi educación. Aunque mi proceso migratorio para regularizarme comenzó, yo no tenía dinero para pagar a un abogado . . . además, tenía una deuda de 8,000 dólares que usé para pagar a los coyotes. La corte me asignó una abogada *pro-bono*. Muchos decían que mi caso estaba perdido, pero mi madre me decía; “Ánimos, confíe en Dios, que Él nunca nos abandona; yo seguiré doblando rodillas día y noche para que Dios me lo tenga en ese país.”

Estudiaba de día y trabajaba de noche. Los fines de semana trabajaba hasta quince horas al día. Sin duda había discriminación y explotación por ser indocumentado y por no saber inglés. En algunos lugares me pagaban solo tres dólares la hora, así que, para ganar más dinero, cuando salía de trabajar me ponía a recoger latas y botellas afuera de los restaurantes. Algunas veces también vendía dulces en los trenes, lo que me ayudaba a pagar la renta, las facturas, y a mandar dinero a mi familia. Pasaba los días con cinco dólares en los bolsillos. Aun así, no dejaba de esforzarme para hacer cumplir con mis tareas y aprender inglés. Me empeñaba mucho, y eso hizo que muchos de mis maestros, como Jan, incluyendo a la directora de la escuela, Lydia Colón-Bomani, me apoyaran quedándose después de la escuela para darme refuerzo escolar. Muchas veces me acompañaron a las citas de migración . . . lo que fue de mucha ayuda. Ellos también me animaron y me prepararon para solicitar la admisión en algunas universidades. “Javi, ¡no permitas que nadie ni nada te robe tus sueños!” me decían. “Este es un país de oportunidades y muchas cosas grandes. Si Dios te trajo hasta aquí, es porque él tiene un propósito muy grande en tu vida; solo cree y verás la gloria de Dios.” Los escuché y comencé a enviar solicitudes de admisión a diversos centros universitarios. Aunque no tenía esperanzas, lo hice para honrar todo el esfuerzo que tantas personas han puesto en mi formación.

Dos años después, terminé la escuela secundaria con honores. Eso me ayudó a tener una beca parcial para estudiar en Monroe University, en el Bronx, Nueva York. Aunque tenía esa beca, estudiar es costoso en este país. En ocasiones, tenía que comer pan con agua para ahorrar dinero y poder

comprar libros o enviar dinero a mi madre. Mientras estudiaba la universidad, mi abogada luchaba por conseguirme un permiso de trabajo; no obstante, con la llegada de la primera administración del presidente Donald Trump, mi caso se complicó . . . llegué a tener un ochenta por ciento de probabilidad de ser deportado. Aun así, mi abogada insistió hasta el final. Después de dos años, obtuve el certificado en Ciencias Aplicadas en Artes Culinarias y Gestión Hotelera. Me gradué con honores y obtuve algunas otras becas. Solo después de seis largos años de lucha, perseverancia, y esperanza obtuve mi permiso de trabajo . . . y, cuatro meses después, ¡mi *green card*! Es decir, me convertí en residente legal.

Es verdad que, durante ese proceso, hubo muchas noches en las que, entre lágrimas, le decía a mi madre: “Ya no quiero seguir. Nunca hay una respuesta. Al final, me van a deportar.” Con su fe inquebrantable, ella siempre me respondía: “No lo haga, hijo. Ánimos. Tenga fe en Dios. Él nunca nos ha dejado solos. Siempre va en nuestra barca, aunque parezca estar dormido, Él siempre calma la tempestad.” Ese mismo año, con mi tarjeta de residencia en la mano, viajé a El Salvador. Después de todo lo vivido y padecido, pude abrazar nuevamente a mi madre y a mi hermana. Ese día, no había salido del aeropuerto cuando mi madre rompió el protocolo de seguridad. ¡Corrió hacia mí y me abrazó! En ese instante, nuestras almas se unieron, dejaron de llorar, y descansaron en el amor.

Mientras estudiaba en Monroe University, conocí a los frailes de la Orden de San Agustín. Ellos me ofrecieron formación espiritual—especialmente fray Enrique Vásquez, OSA, quien nunca me dejó solo y me enseñó a buscar a Jesús en el interior de mi corazón inquieto—y la oportunidad de continuar mis estudios en una de sus universidades: Merrimack College, en Massachusetts. Allí completé mis licenciaturas en filosofía y teología. Durante ese tiempo viví una vida al servicio de la universidad y de las comunidades aledañas, asistí a mis profesores en programas educativos en prisiones para jóvenes, dirigí servicios comunitarios en la ciudad de Lawrence, Massachusetts, y completé mis pasantías en la sede provincial de las Naciones Unidas, nuevamente, en la ciudad de New York. Sin embargo, con la llegada de la pandemia, me vi

obligado a dejar la universidad, que se había convertido en mi único hogar. No sabía a dónde ir, pues en verdad era un *homeless*, una persona sin hogar, y nunca pude decir “mi casa está en tal lugar.” Pero mis primos, que viven en Maryland, con toda su bondad me dijeron: “Javi, véngase a vivir con nosotros. ¡Aquí le vamos a construir un cuarto en el sótano!” Allí viví durante tres años, en una casa donde había dieciocho personas. La verdad fue una aventura con muchas historias. A los cuatro meses de vivir en Maryland, me gradué de Merrimack College, es decir, en mayo de 2020. Durante mi tiempo en Maryland, apliqué a muchos puestos de oficina, aunque de ninguno me llamaron para una entrevista. Entonces, trabajé en construcción, bodegas centrales, y fábricas de papel, lo cual me llevó a una crisis existencial muy profunda. Por muchos meses le reclamé a Dios: “Tanto estudio, tantas oportunidades, tantas personas, tanta experiencia para terminar en un lugar donde me siento muerto por dentro . . . otra vez me has abandonado y ya no sé qué hacer. ¿Será que me escuchas o me ignoras? ¿Podré algún día ser alguien o ser algo para ayudar a más personas?

En aquellos días, una de mis profesoras de teología de Merrimack College, Emma Polyakov—una verdadera mentora—me dijo: “Javi, ¡no te rindas! Sigue adelante ¡Tú fuiste creado para cosas grandes!” Ella me avisó que había dos oportunidades de trabajo en Boston College y me ayudó a prepararme para las entrevistas. Sin embargo, a la misma vez pensaba: ¿Cómo una universidad tan prestigiosa y de nivel superior se fijará en mi aplicación? Envié mi solicitud y dejé todo en manos de Dios. Para mi sorpresa, sí me llamaron para realizar dos entrevistas y, gracias al Señor, me contrataron en el departamento de vida residencial. Así que, sin tener familia ni conocer a muchas personas, me mudé a Boston en 2022 para empezar una nueva aventura en mi vida. Esta gran aventura continuó con grandes sorpresas: a solo unos meses de mi llegada—y habiendo cumplido cinco años de residencia legal—pude solicitar y obtener la ciudadanía estadounidense, marcando un paso muy importante en mi vida.

En Boston College conocí a personas, tales como David Whitten, Steven Cuoco, Mary Troxell, Jessica Graf, George Arey, el padre Jack Butler, SJ, y Patricia Lowe, que han transformado mi vida personal,

espiritual, y profesional. Al mismo tiempo que comencé a trabajar, me dieron la oportunidad de retomar mi carrera profesional, que hoy se centra en la educación superior y la formación estudiantil al estilo *cura personalis*.¹⁰ Después de dos años trabajando en la vida residencial de los estudiantes, surgió una nueva oportunidad para seguir desarrollándome profesionalmente en la Clough School of Theology and Ministry de Boston College. Aquí, al mismo tiempo que sirvo como ministro residencial para estudiantes de primer año, continúo con mi maestría en educación superior. Mi vida en Boston College, ha sido de muchos retos y también de muchas oportunidades y logros. He tenido la oportunidad de asistir a incontables conferencias, dentro y fuera del país, acompañar a estudiantes en programas de servicios a otros países y ser mentor para muchos estudiantes.

Mientras termino esta historia, soy consciente de que hay muchos más obstáculos y triunfos que quisiera seguir escribiendo; pero lo que quiero, es que todos aquellos que se encuentren con esta historia, la lean y me recuerden, no con un sentimiento de lástima para el inmigrante, sino que vean que con amor, fe, y esperanza se puede salir adelante. Nada me ha sido regalado; todo ha sido una oportunidad a la cual he dicho: “sí puedo, sí debo, y lo voy a intentar.” Todos estos logros son el resultado de muchas lágrimas, días sin comer, días de desvelo, de mis conexiones con personas que creyeron en mí, y de las oraciones que mi madre nunca ha dejado de decir. Es cierto que vengo de la pobreza y sufrimiento, aunque, también es cierto, que voy escalando más al camino del éxito y más oportunidades con una sola misión: ayudar a los jóvenes que empiezan a construir su futuro. Así como muchos me ayudaron, también quiero llevarles esperanza a chicos y chicas que piensan que sus sueños son inalcanzables.

Hoy, al mirar atrás, no veo solo el dolor, el hambre, o el miedo. Sino que veo el rostro de mi madre y escucho su voz firme en medio de la tormenta y la luz de Dios que nunca dejó de alumbrar mi camino, aunque

¹⁰ *Cura personalis* es la expresión en latín que significa “cuidado de la persona.” Es un principio educativo jesuita que promueve la atención integral al individuo, considerando su desarrollo académico, humano, y espiritual.

a veces pareciera oculto. También sé que mi padre no me ha dejado solo e intercede por mí ante Dios. Mi historia no es única, pero sí profundamente humana. Es una historia como la de miles que cruzan fronteras con el corazón roto, pero con la esperanza intacta. A través de cada paso, cada lágrima, y cada logro, he aprendido que las raíces pueden dividirse; sin embargo, el alma, cuando se alimenta de amor, fe, y propósito, permanece entera. Esta memoria es un homenaje a quienes me sostuvieron, a quienes aún luchan y a quienes creen que otro mundo es posible.

Francisco Javier Reyes Flores es originario de San Salvador, El Salvador, y emigró a Estados Unidos en 2011. Después de un largo camino migratorio, cursó sus estudios en la Monroe University, en Nueva York, y en el Merrimack College en Massachusetts. Actualmente forma parte del equipo de administración de la Clough School of Theology and Ministry de Boston College, donde también ejerce como ministro residencial para estudiantes de primer año. Javier vive en Boston con su esposa Maricela y culminará la maestría en educación superior en Boston College en diciembre de 2027.